

su condición y clase, pero sí de su naturaleza y edad. El pueblo adivinaba en su intuición colectiva cómo no se llegara de ningún modo al conflicto constitucional sin la resistencia maquiavélica del Rey á la Constitución, y cómo no estuvieran las fronteras del reino amenazadas por las irrupciones extranjeras sin una patente y escandalosa traición del Rey. Al pie de la escalera, que abría paso hacia el Parlamento, tuvo necesidad de pararse la realeza detenida por el pueblo soberano. Y á todo callaba el pacientísimo cordero, Luis XVI; mas no así la soberbia mujer, que sacudía el brazo de su compañero y á parte le recordaba cómo fuera preferible morir sentados en la regia sede, según á verdaderos soberanos cumple, que morir conspuídos sobre los fangares de aquella terrible calle de Amargura. El Rey estaba resignado á todo ya, extendiendo el cuello para que lo segase la cuchilla; su mujer esperaba que los rebeldes insultasen á los suizos; y éstos insultados saltasen y diesen cuenta del motín y del Congreso. «No, no vendrán, exclamaban muchos, interponiéndose al paso de la regia familia, no vendrán al Parlamento, engañando una vez más á la nación.» Otros decían: «acabe todo esto, pues los Reyes, y los Reyes solamente, son causa primera, causa única de todos nuestros males.» Así unos vociferaban abajo el veto; pedían otros con clamores fragorosos y descompuestas actitudes la deposición de los Monarcas; tumultábanse todos; aquí varios energúmenos, parecidos á los endemoniados de la liturgia, sacaban sus lenguas destilando babeo hidrófobo y se ponían en actitud y en acto de que les rebentasen los ojos y les fulminara una terrible apoplejía el cerebro estallante; allí crispaban los puños otros dementados por el calor de los ánimos y amenazaban deshacer á los Reyes; allá cimbreábanse las demagogas picas cual si las agitase un viento sordo de revolución intensa; y acullá las pasiones todas estallaban en una tormenta indescriptible, pareciendo aquella horrorosa tragedia, no el fin de la realeza, no, el fin del mundo.

Un coloso, de formas heroúleas y estentórea voz, meneaba un palo grande parecido á una enorme pala de horno y remo de barca, blandiéndolo sobre las regias cabezas y acompañando este horrible acto con frases descompuestas y actitudes indecentes. Habitado á las revoluciones y en las revoluciones curtido como esos nautas, á quienes las olas adoban, dirigía la multitud amedrantándola con su titánica estatura y mandando á su guisa con la tonante palabra. Llevaba uniforme de bombero, y según este uniforme, pudo apagar muchos incendios materiales, mas en este momento encendía un verdadero incendio moral. Y lo peor era que no iba solo; ejerciendo el natural atractivo de las figuras prototípicas sobre sus afines, el coloso llevaba consigo una cola de gente siniestra con caras de asesinos como indicando que se adelantaban á la justicia oficial del pueblo é iban allí á inmolar los enemigos del pueblo sin forma de juicio. No sabemos qué pasara si los diputados no arengan al concurso diciéndole cómo iba el Rey á la Cámara llamado por un decreto parlamentario y Roederer no vuelve y arranca su palo al coloso y abre con esfuer-

zo sobrehumano un estrecho vado en la multitud para que pase la dinastía y sus acompañantes al Congreso. Bien es verdad que ayudaron al discurso y al propósito de Roederer los guardias nacionales, no solamente despejando los grupos á culatazos, metiéndose contra todo fuero parlamentario dentro del salón de sesiones. Mucho padecieron todos en estas apreturas y bajo tan terribles amenazas; pero quien más padeció fué la Reina, cuyos ojos, en vez de calmar, promovían y suscitaban terribles tempestades. Un ciudadano aun le dijo al Rey palabras consoladoras, como que considerara cuán propia y nativa del pueblo es la bondad y cuán dispuesto debía estar él á no engañarlo nunca, y á quererlo siempre, frases amabilísimas trocadas en frases odiosas así que vió acompañando al Rey la Reina. Otro añadió al oído del Rey: «Sed, señor, buen ciudadano, cosa que fácilmente conseguiréis con sólo arrojar de vuestro lado á la Reina y á los curas». En estas, un movimiento muy tumultuoso de los frecuentísimos en tales reuniones, y una ola del pueblo semejante á la ola del mar, separó al Rey de la Reina, quien se creyó perdida para siempre y anegada en aquel tumulto. Los niños se apartaron de sus padres en tal remolino y Antonieta lanzó un grito de horror, creyendo que no volvería jamás á verlos. Debemos decir en honor de la Reina, por lo mismo que tan severos juicios le infligimos, como soberana, que nunca, en trance alguno de su vida, esta mujer, tan probada por el infortunio, sintió un dolor tan vivo ni dió un grito tan desgarrador, como al verse apartada de sus hijos. Un granadero cogió al delfín y lo encaramó sobre sus hombros, pareciendo tal grupo el antiguo y litúrgico de nuestras catedrales que representa San Cristóbal pasando un río con el Niño Jesús en los hombros y una palmera por báculo en las manos. No hay como los grandes sentimientos humanos para mover á la humanidad. Todos aquellos hombres, que se airaban y enfurecían á una contra la Reina, se apiadaron de aquella madre y la siguieron como sigue todo buen corazón á la triste avejilla malherida que se arrastra piando con duelo, no por sí misma, por su nido y por sus avejillas. Por fin el delfín salió sano y salvo, deponiéndolo el granadero sobre la mesa del secretario entre los aplausos del público, á la tribuna concurrente, quien, si maldecía los dos Reyes, no divorciado aún del sentimiento monárquico, veía con verdadero amor al delfín; primero por inocente, después por fiar en su persona una continuación del pueblo francés en el tiempo y en el espacio, deseada y querida de todos los franceses, puestos en el trance de trocar una vieja monarquía por una joven y verdadera nación.

Por fin entraron los Reyes en el Congreso. Al Rey todavía se le respetaba con restos del antiguo respeto; mas Antonieta, condenada por su naturaleza de Reina, pudo salvarse por su naturaleza de madre. Así los que la vieron espantada por la separación de su hijo le franquearon apiadadísimos el paso al Congreso. Mas, ya dentro del Congreso, cuando el Delfín estaba en la sede particular de los secretarios, la gente del público, todavía realista, pero antidinástica ya, gritaba con objeto de que no entregasen á la Reina el he-



redero de la corona. El Delfín se refugió en las rodillas de su madre y venció á la naturaleza la política. ¡Cuán terrible coincidencia, cuán terrible! Al entrar el Monarca encontróse con que la suerte había en sus designios incomprensibles designado á presidir los funerales de la Monarquía tradicional, una tan grande y tan extraña personalidad como la personalidad extraordinaria que se llamaba Vergniaud. Pocos podían en aquellos instantes comprender su estado de ánimo, en verdad, muy pocos. La implacable lógica primeramente quiso que sacudiera Vergniaud la Monarquía en discursos inmortales, quebrantándola con un quebrantamiento tan grande, que no pudo nunca jamás reponerse, y luego, cuando merced á estos quebrantos, cayó por tierra tan terrible institución, la implacable lógica también le movió á reparar lo irreparable y rehacer lo que había implacable deshecho. Jamás se dijo un discurso contra la Monarquía como el fulminado por Vergniaud, á la despedida del ministerio girondino sobre la cabeza de Luis XVI. Después de aquel tremendo vejamen ya no podía levantar cabeza el Rey, y menos que el Rey todavía la institución por el Rey representada y herida de muerte al rayo deslumbrador contenido en aquella inspiradísima palabra. Pero cuando vió el gran orador los efectos de sus arengas, y cómo la Monarquía se derrumbaba sin tener él á mano una República vividera para sustituirla, comenzó á urdir con el Palacio estrechas relaciones por medio de mutuos amigos y á exigir del Palacio la sinceridad constitucional, para salvarse á sí mismo, y salvar también á todos los franceses de una inmediata catástrofe. Esas grandes aspiraciones de Vergniaud en el minuto de sobrecogerle súbitamente la República, encerrábanse dentro de un criterio constitucional, reducido al destronamiento del Monarca, su anticipada herencia y sucesión por el Delfín, destierro de la Reina y su camarilla, nombramiento de una regencia trina, ó una, para el Reino, y de una tutela para el reyecillo desempeñada por el filósofo Condorcet. Así amigos y compañeros suyos del Congreso fueron á entrevistas con el Rey en demanda de un arreglo, á que nunca el Rey accedió, y él arriesgó su popularidad inmensa en la tribuna y su nombre famoso en el público para divertir al espíritu de la Cámara del destronamiento de Luis XVI y dar largas á los ruegos de las secciones que lo pidieron en varias coyunturas con tenaz insistencia. No estaba en tal momento el espíritu de Vergniaud acorde con madame Roland, ni con el tribunicio Barbaroux, ni con el inquieto Rebequi, ni con el dogmático Brissot, ni con todos cuantos en la Gironda pedían el advenimiento de la República, por creer prematura su llegada, fácil su caída en una espantable anarquía, y poco dispuestos á recibirla de suyo los franceses con entusiasmo y menos á ejercerla con provecho. Parecíase tal estado de ánimo en Vergniaud al estado de ánimo en Mirabeau. Como este gigante, su elocuentísimo sucesor, después de haber precipitado la Monarquía por el despeñadero, quiso detenerla en la pendiente, y no tuvo hartas fuerzas para convertir el impulso progresivo en impulso regresivo, habiendo, sin embargo, una diferencia capitalísima entre ambos,

la diferencia de que Mirabeau, fué siempre monárquico, mientras Vergniaud siempre republicano, Mirabeau siempre vicioso y corrompido, mientras Vergniaud bueno, sobrio, integro.

Grabando aquí para eterna honra de su nombre la rectitud completa de sus miras, el desinterés absoluto de sus móviles, el patriotismo de sus procederes hay que grabar también su indecisión entre la Monarquía y la República en esta hora de angustia suprema y de terrible crisis. En fines de Julio, condensada ya la nube que debía fulminar su electricidad abrasadora sobre la diadema de Luis XVI; urdida la conjuración, en cuyas mallas el trono debía quedar enredado y preso; idos á París los marseleses, en quienes Madame Roland infundía el sentimiento republicano por medio de su discípulo y amigo Barbaroux; pasaba las noches de claro en claro Vergniaud, exponiendo á Guadet las condiciones de un pacto con la Monarquía, para que Guadet lo escribiera, y después de consultado con él seguidamente lo entregase al honrado pintor Boze, desinteradísimo intermediario entre la Realeza y la Gironda. Por eso, después de haber lanzado á Luis XVI la flecha envenenada de su inmortal discurso del dos de Julio, se decide á propinarle con cuidado los contravenenos de sus consejos, y cuando aun era quizás hora de impedir el acabamiento de la Realeza, destituyendo al Rey, como de salvar al inocentísimo Delfín, sacrificando al padre, conjura todas las manifestaciones populares idas á la barra en busca del destronamiento personal de Luis XVI y corta todo debate acerca de tan pavorosa y candentísima cuestión. Ya se acercaban las muchedumbres al Palacio y aun escribía consejos al Monarca. En el creador mes de Agosto mismo aun propone á la corona resolución para la corona tan difícil como el rellanamiento de los ministros girondinos, auxiliados en el gobierno por la presencia de dos políticos tan populares como el Presidente de la Comunidad y el Presidente de la Diputación, ciego al extremo de no presentir que debía el uno entregar al pueblo la Realeza mientras el otro debía prenderla y encerrarla en el Congreso. La falta capital de Vergniaud consistió en debilitar con sus discursos la Monarquía que deseaba robustecer con sus actos. No hay nada peor en política que la incertidumbre. Así la insurrección del diez de Agosto se hizo con la Gironda por causa del republicanismo de Madame Roland y de la fascinación ejercida por esta Pitonisa en el ánimo de Barbaroux y contra la Gironda por el estado perplejo del ánimo de Vergniaud, del ánimo de Guadet, del ánimo de Gensonné, sus representantes principales en el Cuerpo Legislativo. Vergniaud, al ímpetu de los hechos arrastrado; tan súbitamente sobrecogido por el rayo de la revolución improvisada como los mismos á quienes malhería sin piedad; llevando en el alma la muerte, recibió como el Presidente al Rey que había resistido destronar, destronado ya por la revolución, y tuvo de un golpe que suspenderlo por fuerza, lo cual era herirlo de muerte, y declarar acabado el Congreso al llamamiento de Asamblea nueva, caídos y muertos á sus pies los grandes factores constitucionales, que componían aquella



Constitución objeto de su culto: el Parlamento y el Rey. La elocuencia lo arrastró á derribar de carrera la Monarquía cuando estaba robusta y la reflexión lo condujo á recomponerla y á salvarla cuando ya se había perdido para siempre. Tal fué la triste suerte de los girondinos. A Brissot le sucedió lo mismo, exactamente lo mismo que á Vergniaud. Republicano de convicción y de doctrina, cuáker en sus costumbres, autor de la exposición depositada sobre los altares de la patria pidiendo al Congreso Constituyente la República, filósofo y teorizante de tal forma política, tachado por el mismo Robespierre de traidor á la libertad por sus propensiones republicanas, verdadero autor de la guerra entre los reyes absolutos y los pueblos libres, cruzado de América, partidario de la Confederación europea, el primero en quitar á las cabezas de sus conciudadanos los distintivos aristócratas y ceñirles el gorro frigio, tribuno de la República universal, cogióle acto de suyo tan grave como la rota de Luis XVI en la madrugada del diez de Agosto con un discurso recentísimo, un discurso pronunciado el veintiséis de Julio, quince días antes, oponiéndose á la deposición de Luis XVI por creer necesario guardar la Constitución en todas sus partes, y juzgar poco apercibida Francia y poco preparados los franceses al triunfo y al ejercicio de una verdadera República. Vergniaud era el verbo, y Brissot el dogma, y Condorcet el saber de la Gironda, y á los tres les sobrecogió tanto como á los reyes la revolución, y aunque de mal grado, ya que no pudieron por ningún camino evitarla, se pusieran á servirla con insistencia grande, hasta que la revolución los anegó y los arrastró á todos.

Véase, pues, como no solamente se hallaba perpleja la Gironda, se hallaba también dividida. Mientras una parte se inclinaba con timidez á detener la nueva revolución, todo cuanto le fuera posible, otra parte se resolvía con suprema resolución á empujarla. Mientras Vergniaud y Brissot condenaban por un paso á la orden del día todas cuantas peticiones iban encaminadas á la destitución de Luis XVI, Isnard pronunciaba un discurso revolucionario, en cuyos párrafos al mismo tiempo se descubre fervoroso entusiasmo por la revolución y temor fundadísimo á sus tristes exageraciones y á las amargas consecuencias de estas exageraciones inevitables. Con sumo acierto y propiedad repetía una frase Isnard, la cual parece vulgar de puro repetida, mas que no debe caerse de los labios, ni borrarse de la memoria jamás á un orador verdaderamente demócrata. «La libertad marcha entre dos escollos, exclamaba, entre un despotismo que intenta perderla y una demagogia que intenta deshonrarla. En cada incidente revolucionario aparece un exagerado. Tal energúmeno dispuesto á esgrimir el puñal de Bruto y hundirlo en el pecho de cualquier estadista patriota, es un esbirro de la emigración y de sus principes. Francia está perdida, si ante los enemigos extranjeros de su territorio y los enemigos interiores de su libertad, se divide y atomiza. Ocho días hace que la comisión ejecutiva del Congreso aparece muy embargada por la tarea de hurtar el Rey á las insu-

recciones populares y ver cómo se llenan las Tullerías de soldados, y sus terrazas de bayonetas se pueblan y erizan, cuando la experiencia impone una obligación; dar de mano á todos estos procedimientos arqueológicos. La mejor manera de conseguir que los ciudadanos entren dentro de sus deberes propios respectivos, está en salvar al pueblo de las maniobras del Rey, ocupándonos gravemente de la salvación y de la salud nacional. Yo digo al Comité director, los pueblos por su naturaleza íntima, son en general pacíficos y buenos. Si los malvados consiguen irritarlos contra sus representantes y contra sus leyes, no lo dudéis, es porque padecen ¡infelices! grandes injusticias. Que los gobernantes descuiden al fondo de sus propias conciencias, y hallarán en ellas la causa de todas las rebeliones, á cuya represión y castigo consagran sus fuerzas. Por manera que mientras la girondina madame Roland predicaba la República en sus tertulias político-literarias, el girondino Brissot hacía lo posible para que pasase de los labios del partido tan amargo cáliz, y mientras el primer orador de la Gironda, Vergniaud, levantaba sus brazos en defensa del ídolo, del monarca, para que á tierra no se viniese con estrépito, el orador segundo de la escuela, con su arrebatadora elocuencia lo hacía rodar por el pavimento de la legislativa, é incitaba contra él sin escrúpulo y sin reservas las cóleras populares. También era girondino Manuel, y este girondino hacía más que hablar, como Isnard, tomaba participación grandísima en la formidable conjura; iba como su miembro nato, á la comunidad revolucionaria, que acabó de un golpe con Monarquía y Asamblea constitucionales; anunciaba por Julio la ruina de los Reyes para pocos días antes de caerse las hojas y venir el otoño. Aunque tan furioso y airado se mostraba, y pertenecía por sus compromisos á la suma de sombras entradas la noche del nueve de Agosto en la Municipalidad á destruir el Ayuntamiento constitucional, su pasta era buena y honrada su vida. Únicamente le molestaba mucho que, habiendo puesto sus cinco sentidos en cultivar el arte oratorio y llegar á la magna elocuencia, sus enemigos, á cuya cabeza estaba el poeta monárquico Andrés Chenier, calificasen sus discursos de mixturas endiabladas, donde como ingredientes entraban párrafos de un dejo enfático sumados con dichos de una indecencia cínica, todo ello trascendiendo á tono pésimo y á mentira escandalosa, no sólo ante las leyes de pura cortesía y educación, ante los preceptos de la humana moral. Pero, dejando esto á un lado, tal confusión reinaba por aquellos días en la Gironda, que Manuel, su apóstol y su mártir, aparecía como el brazo derecho de Danton, á quien madame Roland aborrecía con todo el aborrecimiento connatural á una mujer apasionada. Pues algo semejante pasaba con el predicador sincrético de una filosofía y de una elocuencia verdaderamente alejandrina, llamado Fouchet. Por sus doctrinas pertenecía con toda el alma y todo el pensamiento suyos á la República; mas por su carácter también pertenecía en todos sus actos á los transigentes y á los conciliadores. Así mientras se iba con gusto á los clubs franciscanos, donde predicaba la palangenesia democrática en frases